

¿PARA QUÉ SIRVE LA REVISTA LITERARIA?

• ¿Para qué sirve una revista literaria? XVIII comenzara a imponer el género, muy diversas han sido las funciones que desempeñara en un medio cultural — difusión, descubrimiento, polémica— aunque algunas han quedado más fuertemente adheridas que otras a la tradición variable de este medio expresivo. Si hubiera que comenzar por las definiciones de Pero Ferrillo, diríamos que una revista es simplemente una publicación periódica que recoge diversas colaboraciones, y por lo



tanto de la posibilidad de editar y aproximar al público lector algunos textos — a veces breves — poemas, cuentos, artículos, fragmentos narrativos—, o sea que es un órgano de comunicación entre escritor y público, más ágil que el libro, más antojadizo y asistemático. Dentro de sus páginas se reencuentran juntos escritores y corrientes muy dispares, que no se integran a ninguna orientación unitaria, y simplemente se yuxtaponen, defendiendo cada autor su fragmento.

Este es el tipo de revistas que han preferido siempre las editoriales, usándolas como vehículos para adelantar y propiciar sus libros y autores, necesariamente variados, contrarios incluso. Algunas grandes revistas europeas, nacidas de otra voluntad más unitaria, han terminado siendo este tipo de colecciones de textos: el mejor ejemplo quizás sea la NRF que en su segunda época ha pasado a ser simplemente un órgano de la editorial Gallimard, perdiendo el fermento exclusivista de su primera época en beneficio de una representatividad de corrientes muy dispares: los libros que edita la casa. La utilidad de estos órganos es evidente, de cualquier modo, sobre todo cuando aparecen en un medio tan pobre como el nuestro, donde el lector devoto no dispone de un instrumento que lo conecte a los escritores que prefiere, y éstos no disponen de suficientes medios de publicación. El caso más claro de este tipo de revista, en el reciente movimiento de revitalización que ha visto el país, es el de los Cuadernos de Mercaderes. Nacidos en una ciudad del interior, luchando por lo tanto en las dificultades previsibles. Intentan comunicar algunos textos y difundirlos. En buena parte respaldados por el tesón heroico de Washington Lockhart, quien se debiera la creación de la exitosa revista *Así*, acompañado por Ana María Moncada; en las escasas páginas de la entrega ellos dan a conocer sus trabajos, y la exclusiva dedicación a la creatividad (aquí, cuantos demuestra que lo que se busca, es fundamentalmente, establecer un medio de publicación literaria que atienda a la obra que se hace en un departamento que es de los que más han dado a la República en materia cultural.

★ Las revistas de jóvenes

Pero hay funciones más importantes que competen a las revistas literarias. Una, sobre todo, que nuestro país ha conocido insistentemente a lo largo de su historia: permitir la entrada a las letras de una nueva promoción, estableciendo una publicación donde se reúnan varios escritores nuevos, ligados más por la amistad y el afán creador que por ideas comunes o mismas estructuras ideológicas que quienes no están todavía en edad de proporcionar.

Son estas las revistas más interesantes para observar la articulación y movimiento de la literatura; son dedicadas por los historiadores de las letras; tienen además una vitalidad que les asegura el interés de un público, posiblemente reducido, pero ferviente, el público del mañana. Lo que fue *La Revista*, de Julio Herrera, lo que fue la *Cruz del Sur*, lo que fue *Bohemia*, para ser los primeros y últimos ejemplos. A este rubro se diría que debiera adscribirse la revista *Puente*, cuyo núcleo de dedicación integra un equipo juvenil, en algunos de cuyos miembros —Diego Pérez Pintos, Esteban Barco— se venía haciendo la formulación de distintos, originales modos expresivos de nuestra literatura. Y sin embargo, en los ejemplos que se nos entrega es todo lo contrario de la aparición de una nueva promoción. Una seccionada revista y pasivo a los valores establecidos en los últimos veinte años por lo menos, les lleva a relacionar nombres y asuntos cuya calidad no está en discusión, pero que tampoco se destacan por su novedad: el consabido fragmento de *El Zorro*, el consabido fragmento de *María Bonita* o como se llame ahora la novela de *El mundo*, los habituales poemas de Cunha, de Ide, etc., etc.

Porque el mayor interés de la novedad no está en los grandes nombres, sino en las aportaciones de Cirio Misa, de Carlos Paz, de Gerardo Pérez Pintos, de Paganini de Flores Mora, de Selavo o de Fernández. Incluso la presentación barrosa, original —y no lista para la lectura— que se debe a Camnitzer, no se corresponde para nada con el espíritu de la publicación, tan tímida para adelantar su verdad, tan afanosa de árboles consagrados en los cuajales.

Quienes mejor han acertado con esta función de las revistas como describitorias de nuevas promociones creadoras, han sido los directores de revistas de poesía. Nancy Encelo que tesouramente ha hecho de *Siete* poesía hispanoamericana la expresión de un movimiento renovador que ocasionalmente se manifiesta en la publicación, y a un campo más amplio de representatividad. El excelente ejemplo de *El mundo* de Gerardo Pérez Pintos, la elusiva escritura de Paganini, en la revista *Puente* que muestra de la narrativa el interés de lo nuevo, y por allí debe trabajarse.

★ Revistas programáticas

Pero hay un tercer tipo de revistas, que son más interesantes, y más importantes: las que agrupan a un conjunto de escritores ya desarrollados en torno a un programa estético y ideológico coherente. Son, éstas, publicaciones que apuntan a una transformación del medio cultural, que buscan la eficiencia creadora, apostando

no sólo creaciones originales, sino, además, algo mucho más importante: ideas sobre la literatura, ideas sobre la sociedad y el medio. Desde luego, conviene anotar, esta capacidad transformadora puede estar implícita en las revistas juveniles, pero por lo común su modo de expresarse se confunde, y más que a través de un programa coherente, su novedad se manifiesta a través de una iniciativa, audaz forma de aparecer desde un ángulo original los cuentos, los poemas, las novelas, o por un modo fervoroso y terco de elegir temas y escritores a quienes reventar.

A este tercer tipo de revistas parecería que debiera adscribirse la reaparición de *Número*, si no fuera que esta primera entrega resultara tan desafortunadamente, casi como un paso en falso del que sus directores deben volver pronto.

Revir una publicación que ha cumplido una obra en un determinado período histórico-cultural es empresa riesgosa, por cuanto exige delicada adaptación a las nuevas condiciones, sin la cual puede incurrir en mera repetición delatora de artificiosos ejercicios, y no mostrar vida auténtica. La mayoría de los ejemplos conocidos poseen en guardia sobre estos peligros, y son testimonio las más famosas revistas francesas que volvieron a publicarse después de la guerra sin poder calzar en el nuevo clima cultural y social del país.

Número reaparece con un equipo levemente renovado: han desaparecido dos directores, Idea Villarido y Sara de Cabrera, y se ha incorporado un antiguo y fiel colaborador, Carlos Martínez Moreno. De acuerdo con el "programa" de la nueva entrega, los actuales directores pretenden continuar "la obra emprendida en su primera época" y "ampliarla hasta abarcar en forma más completa una realidad contemporánea que se manifiesta con mayor plasticidad y urgencia", cosa que para ellos consiste en "estar muy atentos al movimiento creador y renovador de todo el orbe de habla hispana". Estos propósitos, laudables en sí, no disimulan su vaguedad intrínseca. Otro rigor y otra precisión en la enunciación de una orientación estética podría reclamarse de escritores llegados a su madurez, quienes parecen conformarse con se-

guir publicando una revista abierta a muy diversas corrientes, de displicente eclecticismo en aras, si acaso, de un compromiso artístico que crece las citas y se las puede exigir por su utilidad. No es claro el vínculo que los une, y tituyendo el juvenil, amistoso, fervoroso de la primera época un modo que trasunte lo que Valery Lemus "una política del espíritu" y que justificase, a su vez, la existencia de una recopilación de textos literarios.

Pero si además se revisan las aplicaciones para este primer número se comprueba con cierta desazón que sólo está en un nivel inferior a la calidad que habitualmente los distingue, sino que incluso derivan al ridículo o a la contribución crítica usada por la exaltación autobiográfica. Una "despedida a Latchman" sirve a Martínez Moreno para adelantar materias de sus memorias, y Rodríguez Mesa apela al estilo memorialista de Verónica Ocampo para contar sus sucesos y desencuentros con Nicom Paz y revisar su correspondencia privada para una página de "Testimonio". En su parte Benedetti se presenta en poesía bajo la invocación parnásica sin haber todavía decantado esa influencia, pero en cambio proporciona la más notable crítica del volumen con un "Tercer descubrimiento de realidad", tema al cual había dado a conocer una contribución extensa en "La Muestra" en el poema de Ideas y el cuento de Martínez Moreno pueden computarse a su producción definitiva.

La sensación de irrealidad que produce el número se acusa más por el hecho de que las dos notas en que se demuestra una inflexión vivaz por una realidad presente, concreta, es la que se participa con enfoque apañ, con el campo nacional la nota sobre la revista de Celina Roloff López, y en el extranjero, el excelente testimonio del novelista español Goyriá, quienes por contraste acentúan el conformismo de los directores. Pese a que el "Examen de conciencia" de Goyriá sería bueno reencuentrarlo con firma nacional y referido a nuestra realidad cultural. Porque nada se opone a que esta entrega esté fechada en 1957 o en cualquier otro año de la primera época de la revista, si no fuera por la falta.

(Pasa a la pag. siguiente)